

## Cultura y Ocio

## LIBROS

## Triunfo de lo pintoresco

Renacimiento y Centro de Estudios Andaluces reeditan 'Viaje por Andalucía' de Davillier ilustrado por Doré, un rico testimonio de paisajes y escenas costumbristas del siglo XIX

## VIAJE POR ANDALUCÍA

**Charles Davillier.** Ilustraciones de Gustave Doré. Renacimiento. Sevilla, 2009. 474 páginas. 16 euros

## Manuel Gregorio González

Este viaje emprendido por el barón de Ruán y el ilustrador Doré, coincide en el tiempo con el de otro entusiasta del folklore patrio. Me refiero a Hans Christian Andersen, que en 1862, año en el que llegaron nuestros viajeros franceses, paseó por la península sin mucha fortuna, como un espectro melancólico en "el país del verano", y cuyas andanzas están recogidas en su *Viaje por España*. Por otro lado, el *Viaje por Andalucía* de Davillier y Doré, forma parte del *Voyage en Espagne* que el hispanófilo francés publicó en 1874, fecha en la que llegaba a su fin la estrepitosa aventura de la I República española y su secuela cantonalista, y comenzaba la restauración monárquica con Alfonso XII. De este modo, Davillier viene a engrosar la caudalosa estirpe de los viajeros románticos, cuya devoción por lo español, por una vida pintoresca y libre, nace de aquel apetito de exotismo (la sensualidad, el misterio, la aventura), que atravesó a todo el XIX industrial.

Andersen, ya se ha dicho, no tuvo mucha suerte con las amistades



Grabado de la Fachada de la Mezquita de Córdoba de Gustave Doré.

españolas, a pesar de ser un escritor de fama en todo el continente. Aun así (he aquí la fuerza de los sueños, de los deseos infantiles), no dejó de buscar el aroma, la luz, la dicha imaginada entonces, como quien espera largamente un sortilegio. Asunto parecido encontramos en este *Viaje por Andalucía* de Davillier. A la excitación del clima, al encanto de la brisa, al recurrente asombro ante el ocaso (recuerden a los Cien Mil Hijos de San Luis, en posición de firmes al contemplar el paisaje, pasado Despeñaperros), estos viajeros le unieron el candor, un sentimiento

unánime de gozo, cuya alegría nos sigue conmoviendo siglo y medio más tarde. Como nos recuerda Alberto González Troyano en su excelente prólogo, los viajeros románticos venían ya con una idea prefigurada de España, surgida de un interés sincero por lo pintoresco. Pero también es cierto, como señala Troyano, que gracias a esta moda conservadora y folklorista, a su acendrado gusto por lo "auténtico", hoy disponemos de un nutrido testimonio de aquella hora, cuando la España imperial había dado paso a una potencia de segundo orden, a trasmano ya de las

naciones pujantes. Al fin y al cabo, no otra cosa había hecho Mesonero Romanos 30 años antes (al folclorismo me refiero), recogiendo tipos y refranes, enhebrando estampas castizas, mientras Larra braceaba contra la censura y el tipismo. Así pues, gracias a Richard Ford, a Byron, a Stendhal, a Gautier, a Próspero Mérimée, a Washington Irving, etcétera; gracias a este Davillier, barón de Ruán, y a las ilustraciones de Gustave Doré, una España arcaizante, de resonancia oriental y agrestes lejanías, dilató su influjo en la memoria del Ochocientos.

Esto no significa, en ningún caso, un desconocimiento de nuestra Historia. Muy al contrario, es la Historia, el espesor del tiempo, la posibilidad de acariciar lo antiguo, cuando en Londres o París triunfaban la velocidad y el hierro, aquello que atrajo su mirada sobre España. En las numerosas páginas de *Viaje por Andalucía*, Davillier no perderá ocasión de mostrar su erudición sobre los asuntos hispanos. Una erudición, si se quiere, tan selectiva como cualquier otra, y que le induce a atesorar viejas canciones populares, o el idioma secreto de la gente del bronce, en lugar de comentar la actualidad parlamentaria. Pero es que aquellos hombres vinieron aquí, como a un Oriente más a la mano, buscando no la nove-

## VIAJERO ROMÁNTICO

Davillier y Doré cruzaron los Pirineos con la idea de encontrar la llama de lo auténtico, el sueño inocente

dad de la cual provenían, sino todo lo que había permanecido incontaminado y puro bajo un polvo de siglos. En este sentido, quizá el último viajero romántico que visitó estas tierras fuera el arqueólogo Shulten. Como Schliemann con Troya, su búsqueda de Tartessos a primeros del XX, cercana ya a la *Grand Guerre*, era también la búsqueda de un origen común, de la singularidad primera que vertebró a Occidente. Tantos siglos más tarde del mítico Argantonio, Davillier y Doré cruzaban los Pirineos, trayendo en la cabeza, no los grandes ferrocarriles que atravesaban Francia, sino un sueño de inocencia, la llama de lo auténtico, la pureza inventada por el hombre moderno.

## Los amores prohibidos

## EN GRAND CENTRAL STATION ME SENTÉ Y LLORE

**Elizabeth Smart** Traducción de Laura Freixas. Periférica. Cáceres, 2009. 160 páginas. 17,50 euros.

## Ignacio F. Garmendia

Sólo tenía 24 años cuando entró en una librería londinense, hojeó un libro de poemas y se enamoró para siempre de su autor, al que por entonces no conocía. Elizabeth Smart (1913-1986) era una joven canadiense de buena familia que viajaba por el mundo para completar su educación y estaba predestinada por nacimiento a una apacible vida burguesa. El encuentro real con el poeta, George Barker, tres años después de aquella lectura perturbadora, marcó su vida en sentido muy distinto. Elizabeth ignoraba que era un hom-

bre casado, pero ello no fue obstáculo para que ambos se entregaran a una tormentosa relación que se prolongó por espacio de largos años y de la que nacieron cuatro hijos, de los 15 que tuvo Barker, un católico devoto —protegido en sus inicios por T. S. Eliot— que coleccionaba amantes de ambos sexos sin aparentes problemas de conciencia. Tanto él como ella dejaron testimonio escrito de su dilatada aventura, pero el paso del tiempo ha convertido la bella y extraña novela de la autora canadiense, publicada sin pena ni gloria en 1945, en una obra de culto. Entre nosotros, la ópera prima de Elizabeth Smart —que tardó décadas en retomar el ejercicio de la literatura— fue dada a conocer por Lumen a mediados de los 90, en la misma excelente traducción de Laura Freixas que ahora ha rescatado Periférica.

Escrito durante los últimos meses de su primer embarazo, cuando se refugió en una aldea perdida de la Columbia Británica para evitar el escándalo, este hermosísimo relato autobiográfico se asemeja más a un largo y arrebatado poema en prosa que a una novela propiamente dicha. Las referencias a episodios concretos, como la detención de los amantes cuando cruzan la frontera de California con Arizona o el acoso moral de la familia al descubrir el embarazo de la joven, son de hecho escasas, pues la narración se ocupa sobre todo de los sucesivos estados de ánimo por los que atraviesa la protagonista, una mujer absolutamente poseída por la pasión que permanece indiferente a la tragedia colectiva —son los años más devastadores de la Segunda Guerra Mundial— y se muestra dispuesta a todo para conservar el favor de su



Elizabeth Smart (1913-1986).

amado. El lenguaje de Smart, de belleza desgarradora, está plagado de imágenes de una sensualidad extraordinaria, que muestran su familiaridad con la tradición literaria y llegan a abrumar al lector

por su intensidad obsesiva, en un despliegue de recursos que no concede respiro. Entre las numerosas citas encubiertas, sin mención expresa a las fuentes, destacan las referencias bíblicas —el propio título parafrasea el Salmo 137: "Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos a llorar recordando a Sión"—, pero también los ecos de poetas como Dante, Shakespeare, Blake o Rilke. Es, con todo, el libro de una autora primeriza, que a veces puede pecar de ingenuidad o de excesivo patetismo, pero el torrente incontenible de su verbo y la admirable franqueza con que muestra sus sentimientos hacen de esta temprana confesión una lectura verdaderamente conmovedora. Pese a las promesas incumplidas, Elizabeth Smart nunca dejó de frecuentar al gran amor de su vida. El epitafio de su tumba recoge el famoso verso de Horacio, *Non omnis moriar*, y en rigor puede afirmarse que mientras haya alguien que abra las páginas de este libro, ella no habrá muerto del todo.